

El montaje de *Seis personajes en busca de autor*, bajo la dirección de Germán Castillo, muestra especiales cualidades. Castillo ha destacado en el campo teatral por ser un acucioso creador de formas visuales. Hecho que en esta puesta en escena se hace evidente, puesto que abundan las escenas plásticas afortunadas. El trabajo actoral es logrado en *Seis personajes...*, muy a pesar de los vicios que han adquirido los actores de la Compañía Nacional de Teatro, entre quienes sobresalen Miguel Córcega y Miguel Maciá por su espontaneidad. La propuesta escénica de Castillo se sintetiza en la última larga escena, cuando *los personajes* avanzan lentamente hacia el proscenio y al fondo, en penumbra, poco a poco, los actores se transforman en *personajes*, robándoles la vida.

José Caballero, por su parte, en su propuesta de *Otra ópera de tres centavos*, motiva al espectador a ser un participante activo dinámico. Las escenas se montan a lo largo del espacioso sótano del Teatro Carlos Lazo, donde se logra dar una atmósfera expresionista, singular y vigorosa. El grupo de actores del Centro Universitario de Teatro permanece bajo el control del director. Nadie tiende a sobresalir, por lo que se logra una característica de homogeneidad en todo el trabajo de la *Otra ópera...*

La posible crítica a los dos directores es no haber tenido el atrevimiento de romper los formalismos de Pirandello y de Brecht, para lograr efectivamente la mexicanidad de sus propuestas, y sobre todo no haber retomado hoy la actitud rebelde de quienes transformaron el teatro. Tanto Castillo como Caballero tuvieron esa idea radical; la propuesta, sin embargo, quedó esbozada. Es necesario subrayar, no obstante, que no se disminuye la calidad de las dos propuestas escénicas, las cuales, por su capacidad de búsqueda, constituyen un avance del teatro que se hace en México. ♦

Seis personajes en busca de autor de Luigi Pirandello. Versión de Germán Castillo. Teatro del Bosque. Compañía Nacional de Teatro. Con Miguel Maciá, Miguel Córcega, Mónica Serna, Mercedes Pascual, Blanca Torres, entre otros. Dirección: Germán Castillo. Escenografía y vestuario: Humberto Figueroa. Iluminación: Germán Castillo. Música: José Antonio Alcaraz.

Otra ópera de tres centavos, espectáculo basado en *La ópera de tres centavos* de Bertolt Brecht. Sótano del Teatro Carlos Lazo (Anexo a la Facultad de Arquitectura). Actores del Centro Universitario de Teatro. Arreglos y Dirección Musical: Leopoldo Novoa y Erando González. Dirección: José Caballero.

Cine

EL COLOR PÚRPURA

PÍNTAME ANGELITOS NEGROS

Por Susana López Aranda

Con sólo 39 años en su haber, Steven Spielberg es sin duda una de las personalidades cinematográficas más notorias en el mundo entero. Su trayectoria como director y productor resulta impresionante, lo que se dice breve pero muy sustanciosa.

Por lo menos 5 de sus 9 largometrajes (contando *Reto a muerte (Duel)* 1971), rodada para la televisión, y excluyendo la segunda edición de *Encuentros cercanos del tercer tipo (Close Encounters of the Third Kind)*, 1977), han constituido apabullantes éxitos internacionales de taquilla y a partir de su segundo filme, cada uno de los presupuestos de producción que maneja, haría palidecer de envidia al presu-

puesto anual de más de un país tercermundista.

Además Spielberg, no obstante su edad, se ha convertido rápidamente en un magnate de las finanzas cuyo mero nombre, al igual que el de su predecesor Walt Disney, funciona como marca de fábrica y claro, cheque al portador. Las películas por él producidas, entre las que pueden destacarse *Juegos diabólicos (Poltergeist)*, Tobe Hooper, 1982), *Gremlins* (Joe Dante, 1984), *El secreto de la pirámide (Pyramid of Fear)*, Barry Levinson, 1985) o *Volver al futuro (Back to the Future)*, Robert Zemeckis, 1985) y las que cuentan de una u otra forma con su participación directa, como el episodio de *Al filo de la realidad (Twilight Zone, The Movie)*, J. Landis, J. Dante, G. Miller, 1983) o *Los Goonies* (Richard Donner, 1985, basada en un argumento de Spielberg), son cañonazos seguros, y aún aquellas sólo "inspiradas" en su obra —secuelas y reritos de casi todas sus películas— capitalizan así sea de manera fraudulenta, su prestigio.

El cine de Spielberg es más que un grupo de películas estimables, es una idea del espectáculo que conjuga a la perfección una poderosa maquinaria publicitaria y mercantil y un agudo sentido de las necesidades del público. Con él, el cine volvió a ser el entretenimiento ideal para las grandes masas; su firma garantiza diversión para toda la familia.

Asimismo, la imagen pública que en unos cuantos años se ha forjado este moderno Midas, aglutina las dos facetas cla-



El color púrpura

ves del gran ideal estadounidense: Spielberg es a la vez, un implacable hombre de negocios que habla el lenguaje de la competitividad y del *big money*, y un perpetuo adolescente, rebosante de optimismo y empuje, que dispone de cualquier cantidad de dólares para hacer realidad sus fantasías y elaborar complicados juguetes para —bondades del comercio internacional— compartir con la humanidad entera.

Un tanto al margen de esto, la contribución de Spielberg como realizador no es en absoluto desdeñable: aunque situadas en puntos opuestos, tanto *Tiburón* (*Jaws*, 1975), exponente de la paranoia gringa de la década, como *Encuentros cercanos...*, fueron fundamentales para el vigoroso resurgimiento económico y artístico que experimentó el cine hollywoodense en esos años y ambas sirvieron para señalar los derroteros que el grueso de la producción seguiría. *1941* (1979), por su parte, daba cuenta de un sanísimo espíritu anárquico y burlón que al dar en el blanco —zahiriendo los sacrosantos valores del ejército y la seguridad nacional— no funcionó muy bien en taquilla. Ya en los 80, Spielberg, con *Los cazadores del arca perdida* (*Raiders of the Lost Ark*, 1981) revitalizó el género de aventuras que desgraciadamente había caído en desuso. De *E.T. el extraterrestre* (*E.T. The Extraterrestrial*, 1982), lo menos que puede decirse es que vino a confirmar las sospechas al consolidar y resumir las características del *Spielberg Touch*, a saber: gran eficacia narrativa, excelencia tecnológica y una habilísima pulsación de las fibras sentimentales del espectador.

El bolsillo, empero, fue el blanco de la secuela de *Los cazadores...*, *Indiana Jones en el templo de la perdición* (*Indiana Jones and the Temple of Doom*, 1984) que, además de un irritante racismo, denotaba un evidente desgaste de la fórmula triunfadora.

Quizás esta especie de callejón sin salida —muy relativo puesto que cosechó gigantescas utilidades— orilló a Spielberg al cambio radical de su siguiente película, o tal vez únicamente el no-crecido quiso demostrar que también podía ponerse serio... y se puso.

El color serio

En su décimo y hasta ahora último filme, *El color púrpura*, Steven decidió disfrazarse, con pantalón largo y todo, de Señor Spielberg. El riesgo era a todas luces, bastante grande. La película pondría en juego no

sólo sus tan vendibles prestigio y nombre, sino su público y lo que es más grave aún, pondría a prueba su valía en terrenos que le son ajenos por completo.

Sin la red protectora de los efectos y juguetes técnicos y visuales, sin los trucos y facilidades de la fantasía y la magia, sin las libertades de la pura invención, Spielberg se lanzó a la refriega. "Por primera vez en mi carrera —declaró al *New York Times*— haré un filme sobre seres humanos... con *El color púrpura* voy a trabajar en los mismos dominios de un Sydney Pollack o un Sidney Lumet". "Quiero simplemente ejercitar otros músculos di-



ferentes", añadió curándose en salud, luego de pensarlo un poco.

Sin embargo, esto del cine "serio" (con todo lo dudoso que es el término), que según Spielberg es aquél sobre conflictos y problemas de hombres y mujeres, resultó un terreno muy resbaladizo, como se demostró más tarde. A pesar de que la muy "seria" Academia de Hollywood apreció sus esfuerzos musculares concediéndole, como a *Africa mía* (*Out of Africa*, crítica en el no. 426), de Sydney Pollack, 11 nominaciones para sendos Oscars, Spielberg y *El color púrpura* se fueron en blanco.

De cualquier modo, *El color púrpura* es en efecto, un intento irrefragablemente serio, aun cuando el saldo final no sea del todo a su favor. Júzguese si no.

La base del filme es la novela homónima de Alice Walker, ganadora del premio Pulitzer. Se trata de una novela epistolar formada por las cartas (a Dios, a su amada hermana Nettie) de una mujer negra —pobre, oprimida y sojuzgada que con grandes esfuerzos y dolores, alcanza la libertad y la realización— en Georgia a principios de siglo.

Dividida en tres amplias secciones, la novela va siguiendo, a través de una escritura elaboradamente simple, la toma de conciencia de la poco agraciada Celie, quien de ser un objeto pasivo en el que se descargan las injusticias sexuales, sociales y raciales, pasa a ser un sujeto actuante que logra dominar su vida y florecer.

Para la difícil adaptación a cine, Spielberg trabajó muy estrechamente con la propia autora; inclusive, la misma Walker rechazó la contratación de Diana Ross para el papel de la exuberante cantante de blues Shug Avery, pieza determinante en el proceso de Celie, en favor de una mayor autenticidad (y se anotó de paso, un punto bueno).

La película, como el texto original, abarca 30 años de la vida de Celie: cómo el yugo familiar (su padrastro le hace dos hijos de los que inmediatamente la despoja) pasa a la terrible esclavitud de un marido cruel y unos hijos ajenos; cómo su mismo verdugo la separa a la viva fuerza del único ser al que verdaderamente ama, su hermana Nettie; cómo el hombre le impone en casa, la presencia de su amante Shug, quien poco a poco consigue que Celie a pesar de su fealdad sonría y se descubra mujer; cómo Celie se rebela y abandona al marido cuando descubre que éste le ha escondido las cartas de Nettie durante tanto tiempo; cómo finalmente, Celie se reencuentra con sus hijos, quien providencialmente habían sido recogidos por unos misioneros y regresan de Africa —¡colmo de la felicidad!— con Nettie que, según descubran las cartas escamoteadas, los ha tenido a su cargo desde niños.

Cuesta trabajo imaginar algo más dramático y más humano; demasiado de ambas cosas tal vez, y si a ello sumamos la especial inclinación de Spielberg hacia los almibares sentimentales... El corazón es un músculo y, lo que sea de cada quien, Spielberg en esta ocasión lo ejercita a conciencia.

Que los humanos no suelen habitar sus dominios, queda clarísimo también. Su mirada, a pesar de las buenas intenciones, es de constante extrañeza. Los problemas de los negros —o más precisamente, de una mujer negra, pobre y fea por añadidura— los vericuetos de su conducta o de su alma, ubicados además en una época que no es la suya, suscitan sí, su solidaridad, su admiración, su asombro, su conmiseración quizá, pero ¿le atañen realmente, los comprende? Pareciera que no. Dejando de lado las protestas de

varios sectores negros (un psicólogo reconoció que debido a sus vivencias, son una raza en extremo susceptible), hay una secuencia que ilustra muy adecuadamente esta sensación: en montaje paralelo se nos muestra que Celie está a punto de degollar con la navaja de rasurar a su marido, corte directo a un cuchillo a punto de penetrar la carne de un nativo en una ceremonia iniciática de una tribu africana... la sugerencia está implícita.

Por otra parte, hay un cierto desfase de tono, un aire casi disneyano que amaga con saltar aún en los momentos más conmovedores o tremendos: las escenas de Nettie enseñando, por medio de letreros pagados a las cosas, a leer a su hermana; la intimidación de Shug y Celie; la reconciliación de aquélla con su padre en medio de un desfile cantarán; el reencuentro de Celie con su familia; la caricaturesca presentación de Sofía, en fin, parecen más acordes a una comedia musical que a un estrujante drama.

Ahora bien, hay que señalar que en lo que al aspecto técnico se refiere, la película no tiene más que un punto débil: gracias a la hermosa fotografía y a la ambientación, todo se ve excesivamente bello. La pobre casa de Celie, ya la quisiera cualquiera para un día de fiesta...

No ocurre lo mismo con el elenco. En ese aspecto no hay nada que reprochar, las actuaciones son sobresalientes y las presencias de las tres actrices principales —Whoopi Goldberg en primer término, secundada por Margaret Avery y Oprah Winfrey—, dominan el panorama. Es por ellas y en ellas que la película se sostiene. Ellas son las que infunden el aliento vital a lo que ocurre en la pantalla. A pesar de eso y a pesar de haber estado las tres en la competencia final por los Oscars, ninguna lo obtuvo. Resabios racistas opinan algunos, lástima, pues si algo aquí merece ser elogiado sin reservas, es su impecable desempeño.

Pues ser que con *El color púrpura* Spielberg no recoja la carretada de dinero que acostumbra y sí en cambio, ataques y opiniones divergentes, lo que está fuera de discusión es que haga lo que haga, siempre despierta interés y polémica. ◊

EL COLOR PURPURA (The Color Purple)

P: Steven Spielberg. Amblin Entertainment. Guber-Peters Company / D: Steven Spielberg / G: Menno Meyjes, basado en la novela homónima de Alice Walker / F: Allen Daviau / M: Quincy Jones / Ed: Michael Kahn / Con: Whoopi Goldberg (Celie), Danny Glover (Albert Johnson, el mando), Margaret Avery (Shug Avery), Oprah Winfrey (Sofía), Willard Pugh (Harpo), Akosua Busia (Nettie), Adolph Caesar, Rae Dawn Chong, Dana Ivey / Dur: 154 mins / EU, 1985.

Libros

RELACIONES
Y CARTAS

CRISTÓBAL COLÓN, SU EMPRESA-MISIÓN

Por Alejandro de Antuñano M.

Todas mis esperanzas residen en mí mismo. Terencio, *Adelphi*, Acto III, Esc. V, v. 9.

Como es bien sabido, en la madrugada del viernes¹ 12 de octubre de 1492 se escuchó el cañonazo disparado por la Carabela "La Pinta" advirtiéndole que desde su cubierta se veía la ansiada tierra firme. Al amanecer Cristóbal Colón descendió de la "Santa María" y tomó posesión de una de las islas del grupo de las Lucayas o Bahamas llamada por sus habitantes "Guanahani", que "es tan sumamente verde" —señaló— "que da gusto mirarla", y a la que bautizó con el nombre de San Salvador, consagrándola de este modo al salvador del mundo. Llevando en la mano el Pendón Real de Castilla, pisó él primero el suelo del nuevo mundo, se arrodilló en la blanca arena, la besó, e invocó al cielo por la "gran victoria que nuestro señor" le había dado en su viaje.

Hasta su muerte, creará Colón que las tierras por él descubiertas pertenecen al extremo oriental de Asia. Y es que la geografía era en su mente una mezcla de realidad, fantasía y credulidad. Cipango era la parte más próxima del Oriente y al principio fue identificado con Cuba; pero pronto Cuba se convirtió en parte de Catay o adyacente a ella.²

Habiendo sostenido en forma algo indefinida la posibilidad de cruzar el mar océano, es decir considerado como un todo, hacia el oriente, navegando hacia el

occidente, América la descubrió interpuesta en el camino del país de la especiería al que se estimaba arribar por el rumbo de occidente. Ciertamente las falsas hipótesis de Colón no disminuyen su mérito. En sus errores influirán muchas de las teorías de la época, como por ejemplo, la del célebre cosmógrafo florentino Paolo del Pozzo Toscanelli, que había aceptado que la esfera terrestre tenía una longitud de un tercio menor que la real. Eso se deducía igualmente del mapa que el florentino había enviado a Colón en 1479. De acuerdo con el documento, la distancia calculada entre el extremo occidental del mediterráneo hasta Cipango o Japón navegando por el oeste sería de 1200 leguas, que se recorrerían en cinco semanas. Entonces Colón calculó que desde una de las islas canarias, "Gomera", de donde zarpó en continuación de su travesía la noche del 6 u 8 de septiembre, hasta Cipango, se tendrían 1000 leguas, que se completarían también en cinco semanas. Como después de treinta y tres días de cruzar el mar océano llegó a "Guanahani", nunca pensó que el hallazgo revelara otro continente. Prisionero de las teorías y conjeturas de su tiempo, será, al mismo tiempo, cautivo de sus errores y detentador de sus avances. Así, solo con el astrolabio y la aguja magnética podrá Colón abandonar la navegación tradicional: la que bordeaba las costas, y en la que estaban empeñados los portugueses.

El descubrimiento caracterizó la obsolescencia de la Edad Media y el principio de una nueva era con sus acontecimientos e invenciones. A partir de Colón se intensificarán las navegaciones transoceánicas en manos de experimentados marinos y una adormecida técnica, acica-



Desembarque de Cristóbal Colón en América. Grabado italiano de 1493.

¹ Colón zarpó desde España en viernes, descubrió tierra en viernes, y volvió a arribar al Puerto de Palos en viernes.

² Carl Ortwin Sauer, *Descubrimiento y dominación española del Caribe*, México, F.C.E., 1984, p. 45.